

de la realidad que se da en tres estratos distintos: el nivel de lo **hermoso (formoso)**, que tiene forma frente a lo deforme; un segundo nivel en el que las cosas no son contempladas por su **realidad** sino por **ser reales**, (lo que permite superar la estética de la belleza propia del clasicismo y abrirse a las **estéticas de lo feo** propias del arte contemporáneo);el último nivel de la belleza alcanza la fruición de la realidad **en cuanto realidad**. En este tercer nivel lo **pulchrum** es "pura y simplemente la realidad en cuanto tal limitada, y en cuanto actualizada en una fruición"(p.369). Como vemos, la concepción de lo bello que tiene Zubiri es trascendental en el sentido escolástico del término, es decir, lo bello , como lo bueno y lo verdadero, es un carácter que tienen las cosas por el mero hecho de ser.

Concluimos recomendando la lectura de estos escritos zubirianos que tienen la rara virtud de otorgar una profundidad ontológica a temas como los éticos y estéticos a los que la reflexión contemporánea trata a veces muy ligeramente al considerar que las dimensiones ontológicas son irrelevantes en estos ámbitos y con ello se sitúan en realidad en la metafísica más banal y pedestre y además ignorada como tal.

Francisco José Martínez

HISTORIA DE LAS RELIGIONES ANTIGUAS.ORIENTE, GRECIA Y ROMA,
(J. M. Blazquez, J. Martínez-Pinna y S. Montero, Cátedra, Madrid, 1993.)

"Los dioses no han muerto: lo que ha muerto ha sido nuestra visión de ellos. No se han ido: hemos dejado de verlos. O hemos cerrado los ojos o una niebla cualquiera se ha interpuesto entre ellos y nosotros. Continúan existiendo, viven como han vivido, con la misma divinidad y la misma calma". (F. Pessoa, El regreso de los dioses)

El libro que comentamos es una introducción muy útil a una temática - la de las religiones antiguas, paganas, politeístas -que nuestra modernidad judeo-cristiana - monoteísta - ha pretendido dejar atrás de una forma tan apresurada como sospechosa y que sin embargo permanece agazapada en el inconsciente colectivo, en la poesía ,en el arte, incluso en el

lenguaje cotidiano. Por mucho que se pretenda reivindicar la centralidad de Jerusalén, nuestra modernidad tiene su zócalo esencial en Grecia y Roma. De la primera tomamos el racionalismo (y por ello todos los intentos de oponer la razón al politeísmo o polimitismo están condenados al fracaso; la oposición frontal a la razón no está en los mitos clásicos sino en el monomismo judeo-cristiano: ya Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica de la Ilustración* destacaron el carácter racionalizador del mito, en tanto que primer esfuerzo por comprender la realidad) y de la segunda la disciplina práctica, técnica y jurídica.

De forma amena la presente obra va recorriendo los diferentes aspectos de las religiones orientales: sumeria, asiria-babilónica, hitita, hebrea, cananea, persa y egipcia (la colocación del hebraísmo en su contexto geográfico y cultural permite captar con facilidad las semejanzas y diferencias de esta religión respecto a sus contemporáneas y colindantes a través de la mirada fría del historiador muy alejada de la parcialidad del teólogo que nunca olvida que analiza la religión verdadera), así como las diversas facetas y períodos de las religiones de Grecia y Roma. Respecto a Grecia, es particularmente interesante el análisis de los grandes dioses del panteón clásico (Zeus, Hera, Poseidón, Atenea, Apolo, Démeter, Artemis, Afrodita, Hermes, Ares, Hefesto, concluyendo con Dionisos ese dios tan enigmático cuyo origen tracio o micénico aún no está dilucidado), así como los detalles de la organización del culto (sacrificio, ofrenda, plegaria, libación, purificación, adivinación) y los aspectos políticos de la religión griega. Por su parte, la presentación de la religión de Roma es apasionante sobre todo en sus aspectos arcaicos, autóctonos, previos a la helenización del panteón romano, así como en el análisis de la estrecha relación entre religión y política, tanto en la legendaria realeza, como en la República y en el tardío Imperio. El libro concluye con dos apartados que estudian 'la implantación y progresión del cristianismo durante el Imperio' y 'la evolución del paganismo hacia el monoteísmo'. Es importante esta conclusión porque ilumina el progresivo predominio del monoteísmo cristiano en un marco dominado por la magia y la adivinación, la hechicería, la astrología y la teurgia, por el auge de las religiones orientales, especialmente el mitraísmo, y por una lenta evolución del politeísmo pagano en un sentido monoteísta debido a la jerarquización progresiva del panteón pagano basada en el acaparamiento de funciones por parte de los dioses principales como Júpiter o Marte, el sincretismo que identificaba diversas divinidades en una sola,

la concentración del culto de diversos dioses en manos de los mismos colegios sacerdotales. Por otra parte, la influencia del hebraísmo en Roma era creciente así como el culto solar propio del mitraísmo y el culto oficial al Deus Sol Invictus introducido por Aureliano en 274. Por último, las filosofías helenísticas (estoicismo, neoplatonismo, gnosticismo, hermetismo, etc.) tendían a una concepción unitaria del principio unificador del cosmos. Todo esto unido a una hábil política por parte de la jerarquía cristiana para conseguir el apoyo de los emperadores condujo a que con las breves excepciones del reinado de Juliano (361-363) que restableció la religión pagana y del usurpador Eugenio (393-394) bajo el que de nuevo se produjo la lustración de la ciudad y la reapertura de los templos de Venus y Hércules, el predominio del cristianismo fuera irreversible en todo el Imperio.

Pero estos dioses clásicos aunque borrados aparentemente por el cristianismo mantuvieron su influencia a lo largo de toda la Edad Media durante la cual transformados y disfrazados se conservaron a través de la tradición histórica con las genealogías míticas de las ciudades y las dinastías; de la tradición cosmológica que identifica los planetas con los dioses antiguos; de la tradición moral que utiliza dichos dioses paganos como alegorías morales. Por todo ello los dioses paganos están presentes en la tradición enciclopédica medieval al lado de los patriarcas y profetas judíos y los personajes del Nuevo Testamento. La resurrección que estos dioses tienen en el Renacimiento indican una apuesta por la vida, la armonía y la belleza que sin romper con el cristianismo, procura eso sí atenuar sus facetas más sombrías. Los mitos paganos expresan el anhelo de una comunidad perfecta, ociosa, impasible, inmortal más allá del trabajo, el sufrimiento y la muerte como afirmación radical de la vitalidad humana.

Y aunque como muy bien nos recordó Savater en sus ya tan lejanos ¡ay! Escritos politeístas: "No podemos ser, aquí y ahora, politeístas. porque el mito de los dioses exige realizarse en el rito y la comunidad, no como creencia individual", nada nos impide sumarnos con una nostalgia ciertamente melancólica al coro de los réprobos que "añoraron, vagamente, la danzarina caterva de los dioses muchos", especialmente en unos días como los actuales en que los fundamentalismos monoteístas campan por sus fueros en una marcha agresiva que pretende neutralizar las consecuencias materialistas de la ciencia, heredera del objetivismo racionalista griego, a través de una concepción intrumentalista de la

misma en la estela del cardenal Belarmino y su teoría de las dos verdades y además monopolizar la fundamentación de la moral y la política. Sin pretender un neopaganismo como el propugnado por algunos de los heterónimos de Pessoa sí que conviene en cambio mantener viva la tradición pluralista, vitalista, atenta al presente y al cuerpo, resignada ante el Límite (Fatum, Fortuna) y reconciliada con la finitud que el culto de los dioses antiguos expresó de forma incomparable.

Francisco José Martínez

FILOSOFÍA Y CULTURA. MOISES GONZALEZ GARCIA (EDIT.) (Siglo XXI, Madrid, 1992)

El libro que ahora nos ocupa puede parecer a simple vista un manual más de historia de la filosofía. Sin embargo, sus pretensiones y la realidad de su contenido son bien diferentes a lo que solemos entender habitualmente por manual.

El propio título, *Filosofía y cultura*, lo quiere alejar de esas exposiciones de filosofemas, descarnadas y tópicas, que todos solemos tener en mente cuando hablamos de ese tipo de obras. Así, el editor, Profesor Moisés González García, arremete, tanto en su prólogo como en la introducción, donde se dan las pautas que va a seguir el texto, contra ese modo de exponer la filosofía. Profundicemos un poco más en este aspecto para ver cuál es la orientación que se quiere dar al libro. Ello nos permitirá ver su originalidad.

El profesor González García titula de modo muy significativo su introducción: «La historicidad de la filosofía». En ella se defiende la idea de que la filosofía, en la medida en que es digna de ese nombre, no es un discurso etéreo que está al margen de la historia humana. Todo lo contrario, el pensamiento filosófico es siempre un hacerse cargo de los problemas y necesidades concretas que el hombre ha tenido en el transcurso de la historia. En esa medida, cuando se dice que la filosofía es histórica, no se alude simplemente a que los diversos planteamientos filosóficos nacen en un tiempo determinado y en un marco cultural